

que esto lo hacía sobre unos pies tan pequeños que no había modo de que Petrona llegara a ver a «sus niños» sin que le pidieran que los enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobre todo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas con los pies, tanto que algunas veces las niñas se las pedían y acariciaban; llevaba una simple saya de listado, y un camisolín de muselina trasparente, que le ceñía los hombros y le dejaba desnudos los hermosos brazos y la alta garganta. Era el rostro de facciones graciosas y menudas, de tal modo que la boca, media abierta en el centro y recogida en dos hoyuelos a los lados, no era en todo más grande que sus ojos. La naricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el extremo, era una picardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia atrás, en dos bandas no muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas copiosas, ve-teadas de una cinta roja, llevaba recogidas en cerquillo, como una corona, sobre lo alto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre puesto y caído sobre un hombro; y no había quien, cuando remataba una frase que le parecía intencionada, se echase por la espalda con más brío el chal de listado. Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jerga que quería ser muy culta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña Ana, lo cual hacía muy bien, unos tamales de dulce de coco y un choco-lillo claro, que era lo que con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo, nuestra linda enferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolorio, con el chal cruzado, se sentaba a sus piés «no por servicio, sino porque le había cobrado afición», y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la puerta del cuarto de la niña Ana con su cesta de flores, que ella misma quería ponerle en el vaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña?—«¡Mi niñita: mírenla qué galana está hoy: si le voy a decir al niño Pedro que nos dé un baile de convite a las señoras, y vamos a sacarla a bailar con el niño Pedro! ¡Y él sí que es galán también, el niño Pedro!—Mire mi niñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque los de acá huelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso azul, esos jazmines de San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy bien de noche. Conque, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy a prestar un chal de seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner más linda que la misma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro por la niña Sol! Pero yo no sé qué tiene la niña Adela, que está como aburrida.—¿Quiere mi niñita los tamales hoy de coco, o de carnecita fresca? Ayer maté un cochito, que está de los más blando: era el cochito rosado, y la carne está como merengue. ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso! Si yo me muero por servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco, que dicen en letras muy guapas: «yo sirvo a mi dueña». Voy a poner la puerta de mi casa llena de tientos de flores, y a alquilar a los músicos, el día que mi niñita vaya a verme. ¡Y eso que yo no se lo hago a nadie: «porque no lo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha afición!»

JOSÉ MARTÍ

(Amistad funesta).

45.—Fábulas y cuentos en verso

LA CANGREJA CONSEJERA

—Anda siempre derecha,
querida hijita
—mamá Cangreja díjole
a Cangrejita—;
para ser buena

obedece a tu madre
cuanto te ordena.
—Madre—responde aquélla—,
voy a seguirte,
no quiero en ningún caso
contradecirte,
ve tú delante,
que dándome el ejemplo,
lo haré al instante.

RAFAEL POMBO

LOS TERS QUEJOSOS

—¡Qué mal—gritó la mona—
que estoy sin rabo!
—¡Qué mal estoy sin astas!
—repuso el asno—.
Y dijo el topo:
—Más debo yo quejarme,
que estoy sin ojos.
No reniegues, Camilo,
de tu fortuna;
que otros podrán dolerse
más de la tuya.
Si se repara,
nadie en el mundo tiene
dicha colmada.

J. E. HARTZENBUSCH

RESPUESTA DE PERO GRULLO

De frailes acompañado
pasaba un entierro un día,
y uno, a quien le parecía
el entierro autorizado,
a un fraile con inquietud
—¿Quién ha muerto?—preguntó—,
y el fraile le respondió:
—El que va en el ataúd.

AGUSTÍN MORETO

(Industrias contra fleceas,
jornada 2ª, escena XIII).

NO ERA NADA LO DEL OJO

Pegáronle una pedrada
a un hombre por un enojo,
tan en buen punto pegada,
que le echaron fuera un ojo,
como quien no dice nada.

Preguntóle al cirujano
si el ojo, con el dolor,
perdería; y él, ufano,
le respondió:—No, señor,
que yo le tengo en la mano.

ANTONIO DE SOLÍS

(El doctor Carlino, jornada 2ª)

